

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 157.—15 de Setiembre de 1876.

Dios es caridad. (San Juan, Epíst. I, 4, 8.)

LOS SUICIDAS.

Nos parece que LA VOZ DE LA CARIDAD, debe protestar contra la poca con que se trata ahora á los suicidas, escarneciéndolos de un modo que lastima los sentimientos de piedad, y juzgándolos con menoscabo de la justicia. ¿Debe hablarse en son de burla de una ulcerada llaga social, y está bien la risa y la mofa sobre un féretro?

No queremos para los suicidas, ni coronas, ni versos, ni simpatías, ni disculpa siquiera. Hace unos veinticinco años escribíamos:

«¡Iza!... (1) ¿De cuáles fuiste? ¿Qué pesares,
Qué vértigo te abrió la sepultura?

El suicidio, crimen ó locura,

Locura ó crimen es de almas vulgares.

Habria en tí de esa ambicion inquieta

Talento y ambicion y audacia loca

Que tal vez con el genio se equivoca,

Mas grande no eras tú, ni eras poeta.

No, que el poeta al borde del abismo

Detiénese no más de un solo instante:

No, que el poeta ciego, delirante

Si tal vez niega á Dios, cree en sí mismo.

No, que el poeta con la fuerza innata

Que para combatir le diera el cielo,

(1) Nombre de un suicida.

Aunque sea de paso, debemos defender á Rousseau de haber hecho como Goethe *la sacrilega apoteosis del suicidio*. Tal vez sea así, pero no tenemos noticia de que entre sus errores cuente este gravísimo. Ciertamente, que en una carta escrita en un momento terrible, por un hombre apasionado, parece abogar por el suicidio; pero también lo es que en la contestación le condena, á nuestro parecer con mayor fuerza, y debió hacérsela al que sentía la tentación de acabar con su vida que al fin respeta. No hemos leído discurso, declamación, argumento contra el suicidio, que nos impresione tanto como estas palabras de Rousseau: «¡Jóven! Cuando sientas la tentación de atentar á tu existencia, dí:— *Voy á hacer una buena obra antes de morir*.— »Y marcha en busca de algún débil que sostener, de algún desvalido que auxiliar, de algún triste á quien des consuelo. »Esta idea te detendrá hoy, mañana, después de mañana y »toda la vida... Si no te detiene, muere; ya no eres más que un »malvado.» (1)

Hecha esta rectificación en honor de Rousseau, hagamos alguna otra en el de la verdad. No se puede afirmar con ella, que el suicida sea *el más vulgar de los asesinos*, ni asesino siquiera. Es un hombre culpable en un grado bien difícil de apreciar. Es posible que cometa un crimen (nunca el de asesinato) ó un delito, y que su acción no sea ni falta siquiera, sino vértigo, delirio, locura. Nunca la identidad del hecho prueba menos la igual responsabilidad del agente. Por otra parte, para que un hombre desoiga, no solo la voz de la religión y de la moral, sino la del más fuerte de los instintos que le grita: ¡Vive! ¡Vive á pesar de todo! ¡Vive en la miseria, en el dolor, en el cautiverio, en la infamia!... ¡Vive siempre! Para sobreponerse al horror que inspira la propia destrucción, y aborrecer lo que naturalmente se ama tanto, es necesario que esté el alma bien conturbada, trastorno de todo el ser moral y hasta físico, en la mayoría de los casos, más nos parece cuestión para el médico, para el amigo y para el filósofo, que para el juez.

La culpa grave, la verdadera culpa del suicida, suele estar menos en el hecho de atentar contra su existencia, que en otros

(1) Escribimos sin libros, y nuestra memoria, que es muy mala, tal vez nos haga incurrir en alguna inexactitud de palabra; pero estamos seguros de reproducir fielmente el pensamiento.

que le han conducido allí, y de que nadie le acusa. La falta de religion, el desconocimiento ó el olvido de la moral, las malas lecturas, los vicios que enervan el cuerpo y el alma, dejándola incapacitada para los grandes combates; las ambiciones desenfrenadas, las codicias insaciables, los amores llamados con razon *mal sanos*, esto que vemos todos los dias pasar, sin anatema, sin reprobacion, tal vez con elogio... Allí están los factores del juicio, allí la verdadera responsabilidad del suicida, comun á los que lo son. Cuando sobre una de esas existencias cae un gran dolor, obra como un fulminante y determina la explosion.

Se concibe un hombre que, sin ser malo, se ofusque, se extravíe, se mate, pero no comprendemos que se pueda asesinar sin ser perverso. No pidamos para el suicida coronas como si fuera un héroe, no honremos su memoria como la del hombre virtuoso, pero no la excremos al par de la del asesino.

Ainsi que la vertu, le crime a ses degrés.

Y esto debemos hacerlo, primero porque es justo, despues para no agravar sin razon el dolor de los que lloran al suicida, y por último para no contribuir á estraviar la opinion, que en fuerza de ver tantos malvados, los mira con menos horror, tiene con ellos escesivas tolerancias, y al oír que el suicidio y el asesinato son una misma cosa, para igualarlos, se halla más dispuesta á escusar indebidamente el segundo, que á tener grandes severidades con el primero.

Tampoco suena bien el oír hablar de *prosa* y de *poesia* donde hay culpa, dolor y muerte. ¿Varía la esencia del suicidio con la calidad de las personas que se suicidan? ¿Los realistas positivos de ahora, aventajan en algo á los románticos de antes? Si se matan algunas docenas de hombres, que no viven más que la vida de la materia, ¿no es porque esta es la existencia de miles de millones de criaturas, que no tienen más goces que los de sus sentidos, de su vanidad y de su soberbia? En cuanto á los *ladrones de frac cogidos infraganti*, cosa extraordinaria será que se cojan, y más que se maten. Los vemos muy bien hallados con la existencia que prolongan.

Vive el malvado atormentado, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa.

¿Queremos que atente á sus dias? ¡Oh! no, sino que se en-

mienden, y que entre tanto, ni se tengan ni sean tenidos por mejores que el que en un momento de obcecacion se mata. Queremos que la podredumbre de los vicios no sea mirada como cosa mejor que el delirio de las pasiones. Queremos que la criada que se tira del puente de Segovia porque le dejó su novio, no parezca más culpable que la señora adúltera que goza de la vida. Queremos que parezca malo, muy malo, morir voluntariamente, pero nada mejor, vivir perversamente, y que se mire bien si hace más daño el que da un mal ejemplo con su muerte, que el que emplea en dar malos ejemplos una larga vida.

Si no es sueño de la esperanza, nos parece que hay reaccion contra la vida de la materia. Vemos acá y allá individualidades, grapos de hombres que creen en Dios, que tienen conciencia, que comprenden el deber, que le practican, á quienes atrae el grosero halago del vicio, y hallan santos goces en las austeridades de la virtud. De ellos, de sus hijos, de los hijos de sus hijos, segun la generacion del espíritu, saldrán los salvadores de este pueblo; de ellos salen buenos consejos, altos ejemplos, reprobacion para todo mal; pero de ellos no comprendemos que deba salir severidad injusta para juzgar á los muertos, ni que rian con escarnio sobre las tumbas.

CONCEPCION ARENAL.

Ceares 18 de Agosto de 1876.

CONTESTACION Á FAUSTO.

Mi querido amigo Fausto: No ha faltado una buena alma en Madrid (hay allí muchas) que me envíe LA VOZ DE LA CARIDAD, donde viene la carta que V. se ha servido escribirme excitándome á visitar la ciudad de Sevilla, por tantos modos famosa, para ver y admirar la perfeccion con que en ella se ejerce la caridad.

Pues ya la veo y la admiro, y aun la envidio sin las molestias del viaje que en mi edad y circunstancias son muy dignas de tenerse en cuenta, porque V. es un gran pintor y ha pintado el cuadro de *Sevilla caritativa* con tan vivos colores, que ya conozco todos los piadosos establecimientos donde se cura al enfermo, se cria al expósito, se alberga á la anciana, se educa

á las huérfanas y se recoge á las mujeres que han abusado de su libertad.

Y este bello cuadro es nuevo para mí, y eso que he estado en Sevilla y en las principales ciudades de Andalucía, que por cierto es la aristocracia de España. Todo en aquella tierra es más grande, más bello y más simpático.

Pero tenia yo entonces pocos años, era además muy dichoso, y ¿para qué lo he de ocultar? maldito si me acordaba de que habia pobres, ni enfermos, ni ancianos en el mundo.

Felizmente hay en Sevilla quien se acuerda de ellos y los atiende y socorre con tanta solícitud, con tan ardiente caridad, que el mismo Fausto, tan exigente en la materia, no solo ha quedado satisfecho, sino que ha tenido el buen gusto de proporcionar igual satisfaccion á los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

La mia ha sido grande, pero lo confieso, no está exenta de cierta envidia. ¿Por qué en la córte de España, por qué en todas las capitales de provincia no llegan la beneficencia pública ni la caridad privada á la perfeccion que en Sevilla? Mucha riqueza hay en aquella ciudad, pero más hay en Madrid, y aun cuando haya capitales menos ricas, tambien son menos populosas y hay en ellas menos pobres.

Usted, amigo Fausto, que segun mis noticias, tiene mucha intimidad con el Gobernador civil de Sevilla, podrá pedirle que estudie las causas de este fenómeno, y sobre todo, que nos indique el modo de imitar á los sevillanos.

A veces, viendo un cuadro tan bello, llego á temer, perdone usted mi franqueza, que adolece de cierto espíritu hiperbólico tan comun, al decir de los castellanos, en la tierra de María Santísima y me parece notar en él alguna *andaluzada*.

Por ejemplo, ponderando las excelencias del *Hospital Central ó de la Sangre*, llega V. á decir que desmiente á cierto amigo suyo y mio tambien que sostuvo en un concurso público las ventajas de los pequeños hospitales y los inconvenientes de los grandes.

Permítame V. que yo insista en la opinion de nuestro amigo, aun suponiendo que ese hospital pueda sufrir la comparacion con los que yo he admirado en el extranjero.

Y ya que de hospitales hablamos, diré á V. que el de Madrid se ha mejorado notablemente gracias al cuantioso legado del Sr. Murga, cuyos testamentarios han desempeñado con pureza

y acierto su importante encargo. Pero aun hay mucho que hacer para convertir en buen hospital aquella ciudadela. Tambien me parece que se le ha ido á V. un poco la mano en el color de rosa al pintar en su cuadro el Hospital de San Lázaro, embellecido con flores y jardines.

Me dice V. que está junto al cementerio público de la ciudad como antesala dolorosa de la estancia de la muerte.

Demasiado sabe V. que ni delante ni detrás de las salas de enfermos debe haber semejante vecino. ¿Por qué no lo ha dicho V.? Es absolutamente preciso que los enfermos ó los muertos cambien de sitio. Dígaselo V. al oido al Gobernador. Justamente es hombre que sobre entender mucho de estas cosas, tiene amor á la Beneficencia, actividad, celo, resolucion y todo lo necesario para mandar con acierto y ser obedecido con gusto.

Muy grande lo he tenido al contemplar el esmero y el cariño con que son asistidas las ancianas en el *Pozo* con razon llamado *Santo*.

Pero en este punto no tiene nada que envidiar Madrid á Sevilla. En Madrid no solo hallan limpio, tranquilo y cariñoso albergue las ancianas, sino los ancianos, y por muy caritativas y solícitas y hasta ingeniosas que sean las *Hermanas Tercarias*, no podrán exceder á las *Hermanitas de los Pobres*, ya conocidas y estimadas en Andalucía.

No sé si hago bien en decirlo, porque sentiria que no pasase de proyecto; pero me consta que una opulenta señora tiene el de establecerlas en Sevilla, costeando su instalacion y atendiendo al mantenimiento del asilo. Y ahora se me ocurre que al volver á la córte podré poner por medio de V. en comunicacion á esta caritativa dama con el no menos caritativo Gobernador de Sevilla.

Pero, lo confieso; si el cuadro de *Sevilla caritativa* alegra la vista que se fija gozosa en tantos y tan buenos establecimientos de Beneficencia, las figuras que no pueden verse con ojos serenos porque la alegria de que inundan el alma hace derramar lágrimas de placer, son las figuras de la caridad privada, son esas tiernas señoras, esos nobles caballeros que buscan, socorren, alientan y consuelan al afligido. ¡Dios los bendiga!

Y V., amigo mio, que las ha presentado á nuestra veneracion, no solo ha cumplido un deber de justicia, sino que ha

embellecido á Sevilla dándola un encanto más sobre los muchos que tenia. Era para todos la ciudad de la belleza, de la gracia, de las fiestas, de los placeres, de la alegría: desde hoy es la ciudad de la caridad.

Reciba V., pues, mi enhorabuena por tan bella exposicion, y las más expresivas gracias por haberla dedicado á su buen amigo

JOSÉ DE OLÓZAGA.

P. D. Quería V. que no fuese yo solo á Sevilla, sino en compañía de aquel *Madrilero* que alguna vez se ha honrado escribiendo para LA VOZ DE LA CARIDAD, pero tampoco está para viajes ni para cosa de provecho. Esto no quiere decir que deje de ser buen español, esto es, perezoso.

EL RAPACIN.

(Continuacion.)

Dejamos á nuestro *rapacin*, de doce años, caminando solo, pobre y á pié, por el pintoresco puerto de Pajares, en direccion á Madrid, con 67 reales ya mermados, por único capital. Esta miseria, sin embargo, estaba compensada con cierto tesoro moral, que era una energía precoz de carácter y una grande rectitud de ideas, más por instinto bueno que por educacion esmerada, pues apenas habia tenido ninguna.

Omitiremos en gracia de la brevedad los detalles de este largo viaje; detalles reducidos á una penosa peregrinacion, á pié, sufriendo el crudo frio de Diciembre, pidiendo limosna para economizar su pequeño capital con destino á Madrid, recibiendo en los pueblos de todo, bondades y asperezas, caridad y dureza, que así andan mezclados en el mundo los buenos y los malos sentimientos.

El aprendizaje de Manolito en la vida cortesana fué terrible. Su pariente el aguador, económico hasta la avaricia é indiferente hasta la crueldad, vió en el *rapacin* una carga y un protectorado que no convenian á su egoismo. Le dió de mala gana

albergue en su boardilla dos noches, pero á la tercera le manifestó rudamente que él no se habia casado por no tener familia que cuidar, y que no estaba dispuesto á encargarse de hijos ajenos, por lo cual podia buscarse otro hospedaje, pues aquel no bastaba para dos personas.

Manolito sintió la primera impresion dolorosa de su vida al oir esta sentencia que le privaba del único apoyo con que habia contado. Brotando de sus ojos lágrimas de amargura, tomó silenciosamente su hatillo y á las siete de la noche se lanzó á las calles de Madrid, sin saber dónde pasar la noche.

Anduvo dos horas vagando por aquel bullicio que le aturdió. Al fin, preguntando á los serenos, logró encontrar una que le dijeron ser *gran casa de dormir*, donde por algunos cuartos pudo pasar la noche acostado sobre un gran jergon, en compañía de dos rateros ó pilletes. Estos, gente lista, que conoció la sencillez del asturianito, lograron descubrir que tenia algunas monedas, y mientras dormia se las robaron.

Con esta nueva desgracia el *rapacin* se encontró al dia siguiente, sin dinero, sin conocimiento alguno y sin saber qué hacer ni adónde dirigirse. Pasó el dia mendigando, pero no consiguió recojer ni un céntimo. Por la noche llegó maquinalmente al paseo del Prado; estaba rendido, y á pesar del frio, se dejó caer en uno de los bancos que rodean el jardin Botánico para pasar allí la noche.

Hay ricos que son infelices porque á fuerza de gozar se hastian de los goces. Hay personas rodeadas de familia, de amigos, de sociedad, de comodidades y de lujo, que sin embargo se quejan y se pregonan como seres desventurados porque de cien dichas que han deseado solo disfrutan noventa y nueve y les falta una, que acaso sea un capricho. Y hay gentes que viviendo así, favoritos mimados de la fortuna, mal preparados para el dolor, porque solo le conocen por referencias, cuando ese dolor llama á sus puertas, se sublevan contra lo que llaman rigores de su destino, exhalan mil quejas y se entregan á todas las desesperaciones, hasta llegar quizá á la más insensata de todas, que es la gran cobardía, falsamente disfrazada de valor, que se llama... *suicidio*.

En cambio, nuestro *rapacin* asturiano, abandonado, sin familia, sin recursos, sin hogar, hasta sin edad bastante para que la reflexion le guiase valerosamente en el camino triste de la vida, está allí, en los bancos del Prado, teniendo por única mo-

grada la dura piedra en que descansan sus miembros ateridos y el cielo tachonado de estrellas que le cubre. ¡Pobre niño!... A pesar de su tierna edad, en que las penas hacen poca mella, siente su completo aislamiento; ráfagas de tristeza infantil inundan su corazón; no se da razón cierta de lo que experimenta, pero siente confusamente hambre, sed, cansancio, el cuerpo dolorido y el espíritu quebrantado.

En los momentos en que la fatiga vá á reclamar sus derechos y cerrar los ojos de Manolito, cual si reposara en blando lecho y abrigada estancia, sus ideas vagan indefinidas, recuerda confusamente, para mayor amargura suya, cuanto le ha pasado desde que salió de la aldea natal, y sin saber por qué, se fija más en el recuerdo de la *Cruz de los adioses* y en la oración que allí dirigió á Dios, siguiendo el consejo de Magdalena. Reproduciendo maquinalmente esa oración con fé pura y angelical, el pobre niño quedó dormido.

VI.

Cuando Manolito despertó, tal vez despues de ensueños de felicidad infantil, al volver á la vida real, sintió un profundo malestar físico por efecto del entumecimiento en que estaban todos sus miembros, transidos de frío; pero sintió otra cosa también inesplicable. Tal era la fascinación que le producía la mirada penetrante y compasiva de dos ojos vivos que se fijaban inmóviles sobre él. Era un hombre de sencillo aspecto, ni viejo ni jóven, ni rico ni pobre en su exterior, que, sentado á su lado, le contemplaba con interés y asistía á su doloroso despertar.

D. Facundo Vergaya, (conocido en su barrio por el Sr. Facundo), era un rico almacenista de ultramarinos, establecido en la calle de Atocha. Había logrado hacer una fortuna más que regular, debida toda á cuarenta años de trabajo fecundo y de honrados procederes. Tenía grandes economías acumuladas, que iba empleando en estender su comercio de comestibles y en embellecer y mejorar una hermosa posesión que había comprado en Aranjuez.

Entre sus buenas cualidades, que eran muchas, descollaban las de una gran sencillez de carácter y de costumbres y una fervorosa caridad para los pobres todos, pero especialmente para los pobres niños.

Aquella mañana habia perdido la hora de la salida del tren para ir á su hacienda de Aranjuez, y al retirarse, vió aquel niño dormido en los bancos del Prado; le conmovió su aspecto, comprendió que era una criatura abandonada, y se sentó á su lado contemplándole con un grande impulso de compasion. El Sr. Facundo habia perdido en pocos años á su mujer y á un hijo único, casi de la misma edad que el *rapacin*. Esto le hacia mirar siempre con cierta ternura á los niños, que le recordaban y le representaban al suyo.

Manolito empezaba á despertar: el Sr. Facundo le contemplaba con ojos de bondad paternal: el niño le miraba con cierto asombro: la caridad y la gratitud empezaban á establecer entre aquellos dos séres, tan distintos bajo todos conceptos, un lazo que ellos mismos no podian adivinar cuánto habia de influir en toda la vida de ambos.

El conocimiento y las relaciones se establecieron sin necesidad de preámbulos ni de presentaciones. El Sr. Facundo interrogó con bondad; el *rapacin* respondió con sencillez, contando su breve y triste historia; esta impresionó profundamente á su interlocutor. Habia tal acento de verdad en las palabras del niño é inspiraba tal simpatia su desgracia y su desamparo, que al Sr. Facundo parecióle que su hijo le recomendaba desde el cielo aquel hermano suyo para reemplazarle en el cariño de su padre y ocupar el puesto vacio en la casa desde su muerte.

El Sr. Facundo á pesar de la calma habitual de su carácter, era hombre de resoluciones prontas cuando se trataba de hacer bien y de seguir los impulsos caritativos de su corazon.

—¿Quieres venir á mi casa, dijo á Manolito, para ser mancebo de mi tienda y quizás hijo mio adoptivo?

—Con toda mi alma, señor, le contestó el niño llorando de alegría. ¡Qué bueno es Dios y qué bueno es V.! Al fin se realiza lo que Magdalena me prometió, si rezaba con fervor en la *Cruz de los adioses* como rezó en otro tiempo mi padre.

VII.

Han pasado seis años.

El establecimiento de ultramarinos progresa cada vez más: ya han salido de él dos nuevas tiendas sucursales suyas, que se ven en aquel barrio. El Sr. Facundo vá envejeciendo é inutilizándose, más que por los años, por un amago de parali-

sis que ha tenido y que le ha dejado una vida incompleta y condenada á ser corta.

Pero su comercio y su hacienda, lejos de decaer por esta forzada inercia del dueño, aumentan en prosperidades, porque el Sr. Facundo ha tenido un auxiliar poderoso de su trabajo. Tal es Manolito, ya no *rapacin*, sino gallardo jóven de diez y ocho años.

Su claro entendimiento, ilustrado por la educacion y la enseñanza que le dió su protector, hizo de él en pocos años un jóven extraordinario por su capacidad intelectual, por su infatigable laboriosidad y por su carácter exacto, metódico é inteligente; cualidades las más propias para abrirle próspero camino en el mundo de los negocios y de la fortuna.

Impuesto Manolito, bajo la direccion del Sr. Facundo, en los detalles de su comercio, ya muy extenso, pronto los dominó por completo y reemplazó á su protector en la direccion creadora y fecunda que habia ejercido durante toda su vida.

Manolito á los quince años era un aplicado mancebo de la tienda; á los diez y ocho llevaba perfectamente su administracion y su contabilidad; á los veinte conoció á una linda sobriana del Sr. Facundo, que vino de su pueblo y era su única parienta, y con el beneplácito y satisfaccion de su padre adoptivo se casó con ella, poseido de un verdadero amor.

El Sr. Facundo fué el padrino de la boda. Al salir de la iglesia, bendijo á los recién casados y les dijo:

—«Mi vida será ya corta; cuanto poseo es para vosotros según el testamento que he otorgado. Sed buenos y prosperad. Dad para que Dios os dé. Benditos seais si sois caritativos. Este consejo y este deseo será la mejor herencia que os deje. No lo olvidéis.»

FAUSTO.

(*Se continuará.*)

UN DRAMA EN UNA JAULA.

Feijóo en su notable discurso sobre la *Racionalidad de los brutos*, dejó bien probado, que los animales discurren y razonan, aun cuando su razon esté más limitada que la del hombre y no alcance á las ideas generales y abstractas, ni sea reflexiva, dicho sea de paso, esta última proposicion, probable ciertamente, no está demostrada como las anteriores. El sábio benedicti-

no, se hace cargo tambien, de la absurda explicacion que pretende darse á cosas que carecen de ella, por ahora al menos, con una palabra, *el instinto*; palabra, si no vacía de sentido, que no le tiene fijo, y es de esas cuya vaguedad parece dejarlas en aptitud de aplicarse á muchas cosas, y no dan idea clara de ninguna. En efecto, cuando vemos en un animal una accion que le aproxima al hombre ó le pone á nivel suyo, en vez de pensar y pensar mucho, sobre el caso, tiene mucho instinto; ¡qué instinto tan extraordinario! exclamamos con aire de haber dicho algo, cuando realmente no hemos dicho nada.

Cualquiera definicion que del *instinto* se dé, no podrá probarse que sea privativa del animal; los hombres le tienen tambien: si es impulso absolutamente ciego y fatal, no sirve para explicar las acciones en que interviene el discurso; si á pesar de la rapidez de su accion está más ó menos influido por el sentimiento y la inteligencia, no puede presentarse como un fenómeno de la materia organizada, semejante á la digestion, que se verifica sin voluntad de hacerla, ni conocimiento de que se hace, y en todo caso, si con esta palabra no tenemos la pretension de resolver los problemas psicológicos del hombre, no puede servirnos tampoco para explicarnos los del animal, que á veces se nos asemeja tanto.

La psicología comparada no es una ciencia, no es un estudio siquiera; algunos hechos, ni bien comprobados, ni bien clasificados, y de que se sacan ciertas consecuencias, es todo lo que existe respecto á una cuestion de las más graves, cuyas dificultades se comprende que traigan: además, una ciencia, cuyo programa solo lleva en sí novedades tan atrevidas, se comprende que alarme á los que no tienen mucha fé, en que la verdad és, y no puede menos de ser, absolutamente buena. Todavía de eso poco que se hace notar en los animales, se refiere principalmente á su inteligencia, que es seguramente por lo que menos se asemejan al hombre, teniendo con este mayor analogía por el sentimiento y los afectos: nos parece que por el estudio de estos, debia empezar la psicología comparada, porque la comparacion es tanto más fácil, cuanto es más evidente la semejanza. El amor entre los sexos el maternal, la amistad, los celos, la ira, la gratitud, y otros muchos afectos y pasiones, puede verse en los animales, á veces en un grado que no excede ó apenas alcanza el hombre: todo el mundo sabe que hay muy pocos amigos á prueba de todo, como lo es un perro, y es

bastante problemática la superioridad moral del malvado, que conoce *mas*, pero obra *peor*, y que es todo egoísmo, mientras es todo abnegación ese bruto que se sacrifica por su amigo que el asesino mata por robarle. Vamos á referir un hecho notable en prueba del alto grado que los afectos y las pasiones tienen á veces en los animales.

Hace próximamente dos años, en una casa de la calle del Príncipe, habia una pareja de pájaros, de los conocidos generalmente con el nombre de *Pericos*. Enfermó la hembra en ocasión que habia en la casa un enfermo grave, y su amante esposa, por esas aberraciones del dolor, imaginó que habia algo de comun entre la suerte de la pájara y la de su marido, y que seria de mal agüero, como suele decirse, la muerte de aquella, á quien por esta razon, se cuidaba con mayor esmero, que fué inútil porque murió: el supersticioso presentimiento, resultó vano; el enfermo se ha restablecido completamente.

Quedó, pues, el pájaro *viudo*; y no hay que burlarse ó pensar que empleamos impropriamente la palabra: sabemos que la *viudez* lleva en sí la idea de la falta, entre dos que se amaban, de alguno que era para el otro algo más que un *macho* ó una *hembra*; de alguno que deja un gran dolor y un gran vacío; por eso podria decirse de muchos hombres y mujeres, cuya consorte sucumbe, que quedan *desemparejados*; y repetimos que el pájaro de la calle del Príncipe quedó *viudo*, y vamos á probarlo. Notaron que estaba muy triste, que no comia ni bebia; para distraerle y alegrarle le buscaron otra hembra que le hiciera olvidar la muerta, y se la metieron en la jaula. En la ira de su dolor escarnecido, mata á la que pretende sustituirse á la *única* que él podia amar, y continúa sin comer, ni beber, y muere...

La vista de aquel animalito muerto arrancó lágrimas, y su trágico fin que hizo sentir, hace pensar tambien. Allí no hay protestas, que comprendamos, de cariño, ni gemidos de dolor; no hay palabras, ni lágrimas; pero hay una pasión, una gran pasión de esas que hacen matar y morir; un amor intenso, único, condicion de existencia; hay un sér que no puede sobrevivir al objeto amado. Tal vez no falte quien se interese más por este pajarillo que por tantos hombres y mujeres que olvidan al consorte muerto, sustituyéndole inmediatamente, que le sustituyen vivo, deshonrándole, haciéndole desgraciado, volviéndole acaso loco, ó que le matan por emparejar con otro,

cuando era muy digno de vivir y de ser por siempre amado.

Este hecho y otros que unas veces se notan y otras pasan desapercibidos, revelan á nuestro entendimiento y á nuestro corazon un mundo desconocido de afectos, un misterio, impenetrable hoy, que tal vez lo será siempre, pero ante el cual toda conciencia recta y todo entendimiento grave se pregunta si hay allí verdades que se comprenden y deberes que se desconocen. Más que la manera de *pensar*, nos identifica con las personas la manera de *sentir*; y desde el momento que comprendemos que un animal, cualesquiera que sean los grados de su inteligencia, tiene afectos parecidos a los nuestros, debe nacer cuando menos la duda de si hay allí alguna cosa que se debe respetar, algun derecho que se debe reconocer.

El derecho empieza y acaba en el hombre. ¿Existe solo en él y para él? Aunque los animales no tengan idea de derecho, como los niños de muy corta edad y los dementes, ¿no podría ponerlos bajo su amparo una tutelar justicia? Esa compasion que las personas bien nacidas sienten al verlos sufrir, esa indignacion contra los que cruelmente los torturan, ¿es inspirada por la conciencia de algun deber que se desconoce, de algun derecho que se pisa? El hacer sufrir, á quien quiera que sea, no puede dudarse que es un mal hecho; pero si ese que sufre siente más de lo que pensamos, se nos asemeja más de lo que creemos aquella accion que ya reprobábamos: ¿no podrá parecernos verdaderamente culpable y penable? El ser duros para las personas los que son crueles para los animales y viceversa, ¿no indica armonías y analogías, sentidas aunque no estudiadas?

Cualquiera que sea la respuesta que se dé á estas preguntas, y aunque no pueda darse ninguna, sirva el hecho que acabamos de referir, y otros análogos, para aumentar nuestras disposiciones benévolas con los brutos; sirva para que procuremos despertar simpatías hácia ellos, como séres que sienten y sufren; y en tanto que no se resuelven problemas que ni siquiera están planteados, esperemos haciendo bien que en esto no puede haber engaño: resuelva el derecho lo que resolviere, tengamos lástima de los animales que sufren, que la compasion, buena siempre, es en muchos casos la celestial precursora de la justicia.

CONCECION ARENAL.

Ceares 20 de Julio de 1876.

PENSAMIENTOS MORALES.

No se puede servir á dos amos sin adherirse al uno más que al otro; el que es esclavo del oro, no puede servir á Dios.

Si alguno se avergüenza de confesar mi nombre á la faz del mundo, dice Jesucristo, yo me avergonzaré de confesarlo por hijo delante de mi Padre celestial.

Jesús ha dicho: Venid á mí, los que os sentís pesarosos y fatigados y yo os aliviaré; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Obrad con todos lo mismo que quisiérais que ellos obrasen con vosotros.

No desprecieis las advertencias del que habla bien y obra mal: haced lo que dice y no lo que hace.

Dad limosna y redimireis vuestros pecados. Amparad al huérfano y á la viuda, y sereis padre de una familia numerosa.

Partid vuestro pan con el hambriento, y á los necesitados enseñadles el camino de vuestra casa.

No convidéis á los hartos sino á los hambrientos. Ni un sorbo de agua que deis en mi nombre al que tenga sed, quedará sin recompensa.

La fé ha de acreditarse con las obras; no todos los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! entrarán en el reino de los Cielos.

Odiad el delito y compadeced al delincuente. Aborreced el pecado y orad por la conversion de los pecadores.

Los hipócritas son como los sepulcros blanqueados, muy lucidos por fuera, y por dentro todo es podredumbre.

Por el fruto conoceréis si el árbol es bueno; ¿por ventura se cogen higos en las zarzas?

No es buen árbol el que produce malos frutos.